

— ¡Ahoral..., ¡en medio del invierno!

— ¡Y qué! — replicó ella. — ¿No hemos pasado allí inviernos enteros?

— Sí; pero no puedo abandonar los negocios que me rodean. Hoy..., ¡bah!..., imposible.

Margarita bajó la cabeza, y él le preguntó:

— ¿Lo deseas mucho?

— Mucho — contestó ella.

— Entonces..., todo puede arreglarse. Vete tú; llévate á Serafín; Montero te acompaña, y yo iré después.

Margarita miró á su marido con sonrisa de paz, al mismo tiempo que le decía:

— Es un capricho. Vaya, no hablemos más de ello.

Luis guardó silencio, y parecía vivamente contrariado; mientras, ella buscaba otra conversación sin encontrarla.

Serafín entró precipitadamente con todo el alegre aturdimiento de la infancia. Vió á su madre, y saltó sobre sus rodillas; la abrazó, y besándola, decía con infantil orgullo:

— Mi madre..., ésta es mi madre.

Como siempre, detrás de Serafín iba Montero, que al llegar se detuvo en la puerta, contemplando el cuadro que ofrecían la madre y el hijo.

CAPITULO XXVI

LA MINA

Si queremos saber el efecto producido en la opinión pública por el escrito de Luis contra el banquero, debemos volver la espalda á las hablillas de las calles, dejar á un lado los comentarios de los cafés, y dirigirnos á la fuente. La fuente es el palacio de Valle-alegre, porque en las antecámaras de esta regia morada es donde refluyen las corrientes de la opinión, es el foco luminoso donde se reúnen las más autorizadas especies, las historias auténticas, y donde la libertad del pensamiento podía permitirse todas las audacias en punto á suposiciones. Allí llegaba el eco de todos los rumores, y se sabía al dedillo lo que pasaba en todas partes.

La ocasión más á propósito para penetrar en la casa del banquero era en las primeras horas de la noche, en que después de la comida se establecía la tertulia de sobremesa.

Su majestad bursátil tenía la costumbre de hacerse servir el café en medio de su corte; hora amena, en la cual se hacía el festivo resumen de los más notables escándalos del día.

El pleito, ya resueltamente entablado, era la base fundamental de la conversación que iba y venía de boca en boca, enredándose alrededor del banquero por toda la redondez de la concurrencia.

Valle-alegre oía y callaba, celebraba los chistes con

sonrisas olímpicas, asentía con ligeras inclinaciones de cabeza á los comentarios que le parecían más atinados, y dejaba charlar al concurso, saboreando el café que humeaba en la taza.

Los de imaginación más novelesca no encontraban en el suceso del pleito más que un acontecimiento ordinario de la vida; un litigio que ganaría el que tuviese más astucia ó más influencia, y en último caso, el que consiguiera tener más razón, porque al fin la razón suele también triunfar algunas veces. En resumen, unos cuantos millones perdidos ó ganados. Jugar al *derecho*, lo mismo poco más ó menos que jugar á la Bolsa. Lo que les llamaba la atención era la circunstancia fantástica de que el marqués supiera por confidencia de los *espíritus* que el pleito se llevaría á cabo, precisamente en el momento en que el mismo Sr. Valle-alegre nos aseguraba que era asunto concluído.

— No hay que reirse — añadían. — El *espíritu* indicó *cartas de Ripoll*, y Góngora dijo que el mismo Ripoll era quien lo había decidido á presentar la demanda.

Otros replicaban diciendo:

— Góngora y el marqués, puestos de acuerdo, se burlaban á la vez del pleito, de los que los escuchaban y de los *espíritus*.

— ¡Oh! — exclamó uno de los primeros. — Eso no tendría vuelta de hoja si la demanda no se hubiese presentado; luego no era una burla.

— ¿Pero hay quien presume — preguntaron — que el marqués es *espiritista*?

— ¿Por qué no? — contestó aquel á quien iba dirigida la pregunta.

— Es muy sencillo — le dijeron. — El marqués no cree más que en una *mesa parlante*; en la que le prepara su cocinero. Por lo demás, es una persona demasiado ilustrada para creer en las paparruchas de los *espíritus*. Para el mar-

qués no hay más mundo que este mundo. Si piensa en el otro mundo, es en el que le proporciona la piña, el ron de Jamaica, el café que se sirve en su casa y los ricos tabacos que fuma; esto será, si se quiere, muy confortable, muy espiritual, pero no tiene nada de *espiritista*.

En este punto se engañaban. El marqués era, en efecto, un hombre *ilustrado*, esto es, no creía ni en Dios ni en el diablo; le parecía el mundo bastante agradable, la sociedad muy divertida y la vida una peregrinación que con un bolsillo bien repleto se podía hacer muy cómodamente. Vivía para gozar; pero, justo es decirlo, había en su concupiscencia cierta austeridad, porque había sujetado los desórdenes de su vida á un método riguroso. En él cada placer tenía su hora, sus circunstancias, su oportunidad, su momento. Tenía escalonados los goces de que se rodeaba, y pasaba la vida subiendo y bajando por esa escala de delicias. Toda su filosofía se fundaba en dos principios, á saber: el mundo no es tan malo que debemos mirarlo con prevención; ni el mundo es tan bueno que debemos inquietarnos por sus desdichas. Es, decía, un fruto sabroso, del cual hay que tirar la cáscara porque está áspera. Así es que nada lo alteraba ni afligía, fuera del orden metódico de los placeres que se proporcionaba para vivir más cómodamente.

Era un verdadero animal de la piara de Epicuro.

Comía bien, dormía perfectamente, gozaba de una salud respetable, tenía excentricidades, y casi era dichoso. Se aplicaba á sí mismo el título de hombre honrado; solía hablar formalmente de su conciencia, y no le quitaban el apetito las cosas de este mundo, ni le quitaban el sueño las eventualidades del otro.

No pretendo bosquejar en estos renglones un carácter original, porque, poco más ó menos, hombres ilustrados como el marqués se encuentran hoy al volver de cada esquina.

No creyendo más que en la realidad sensual de la vida, ¿podría atribuírsele la creencia, no ya de que los espíritus hablaran, sino ni siquiera la sospecha de que existiesen? La inmortalidad del alma era para el marqués una cuestión negativamente resuelta en atención á que jamás había pensado en ello. No se concebía á sí mismo despojado de aquellos sentidos que tantas delicias le ocasionaban. ¡Un alma inmortal! ¡Bah! Eso no era á sus ojos más que una manía del género humano, una preocupación tenaz, que al fin acabaría por extinguirse. Pero, ya se ve, la incredulidad es una posición del alma insostenible; es un equilibrio imposible en el que el entendimiento no puede permanecer mucho tiempo sin vacilar y caer en el abismo de las más torpes credulidades. Por eso se ha dicho: «nada hay más crédulo que la incredulidad.» Así como no se puede fijar por mucho tiempo la mirada en las confusiones de la obscuridad sin ver colores fugitivos, sombras informes y falsas luces que deslumbran los ojos, de la misma manera el marqués, en medio de las obscuridades de su ciego escepticismo, se sintió deslumbrado por los prodigios alucinadores del *espiritismo*.

Como hombre positivo desechaba fácilmente las teorías y se atenía al rigor de los hechos. Indagó, no la causa ni el fin de las maravillas que obran los nuevos magos, sino simplemente la autenticidad de los fenómenos, y no pudo desconocer que algunos hechos se hallaban plenamente comprobados; y por de pronto no vió más que un nuevo placer, el placer de la curiosidad, que es al fin un apetito tan voraz como otro cualquiera.

Por otra parte, la realidad del caso le halagaba, porque encontraba en ella la solución de la única dificultad sería que le ofrecían las delicias de su vida, la dificultad de que más tarde ó más temprano habrían de acabar para siempre. ¡Demonio!, la idea de la muerte solía amargarle las más

vivas satisfacciones de su vida, y no se resignaba á perder por un brutal capricho de las cosas la agradable estancia que había encontrado en el mundo. El *espiritismo* vino á sacarlo de su inquietud, pues, sea como quiera, había otra vida, y en último resultado podía sobrevivirse.

¿Cómo les iba á los *espíritus* en aquel mundo desconocido?.. He aquí la indagación á que consagró sus primeros ejercicios en el arte de hablar con los difuntos... Mas aun- que la *mesa parlante* crujía y se agitaba bajo sus manos, y el lápiz, animado por una fuerza invisible, corría sobre el papel, los muertos evocados no le daban acerca de este punto contestaciones precisas. En estas comunicaciones con los *espíritus* solía oír truenos lejanos, músicas armónicas, que huían y se acercaban; sentía sobre su rostro ráfagas de aire frío como la nieve y bocanadas de aire suave y templado; llegaban también á su olfato emanaciones aéreas y perfumes delicados; alguna vez percibía algo de ese olor tibio y succulento que se escapa de las cocinas confortables, y sacaba por consecuencia que los muertos no debían darse muy mala vida. Por último, solían resonar en sus oídos cantos, risas y gemidos, de lo cual deducía que el mundo de los espíritus vendría á ser un mundo como éste, sin los contratiempos de las enfermedades, sin la plaga de la vejez y sin la necesidad de la muerte.

Un mundo como éste, eterno por añadidura, sin vejez y sin enfermedades, era para el marqués una perspectiva bastante aceptable, y no vaciló en resignarse á ella; porque en la necesidad de dejar este mundo, le sonreía el propósito de morir sin cambiar de vida.

Se engañaban, pues. El marqués era *espiritista*. Lo había cogido de medio á medio el demonio del *espiritismo*.

— El caso es — dijo un agente de Bolsa que examinaba en un periódico de la noche la cotización del día — que la

demanda ha caído como una bomba, que hay gran diversidad de pareceres, que se hacen nuevas apuestas y se doblan las sumas.

— Es el suceso del día — añadió otro — y es natural que lo sea, por lo inesperado del suceso... ¿Quién había de esperar que al día siguiente de darse este asunto por concluido iba á presentarse el primer escrito del pleito?

— Y el escrito — observó un tercero — arde en un candil. Según mis noticias, está concebido en términos que va á llevar la cuestión á un terreno muy agrio.

— ¿Qué dice ese pedimento? — preguntó Valle-alegre saboreando un sorbo de café.

— Dice... ¡Oh! No lo dice terminantemente, mas se asegura que se hacen en él insinuaciones...

— ¿Qué insinuaciones se hacen? — volvió á preguntar el banquero.

— ¡Phs!.. Sutilezas de abogado... Deja traslucir que ha habido un grande abuso de confianza, que ha habido malversación ruinosa por parte de los socios del Americano, y que hay lesión enorme en los intereses de la viuda y de la huérfana.

— ¿Nada más?... — preguntó nuevamente Valle-alegre.

— Los abogados — observó el agente de Bolsa, dejando el periódico sobre una mesa — no se paran en barras... Allá va eso, y salga por donde quiera.

— Sin embargo — replicaron, — eso es inaudito.

— Es temerario — añadieron otros.

— No se pueden lanzar esas suposiciones — dijo uno de los que oían — sin tener pruebas con que afirmarlas.

De esta manera se discutía allí el punto. Cada uno decía su cosa, sólo el banquero oía y callaba, y nadie disimuló el asombro que el suceso le había producido.

Siguió el debate con todos los incidentes propios del caso, y se convino, por último, en que Góngora había co-

metido una gran torpeza ó había cometido un acto de suprema audacia.

Paseó el banquero la mirada por los que le hacían la tertulia de sobremesa, mirada semejante á aquella con que Júpiter miraría al resto de los dioses, y dijo:

— Señores; ni torpeza, ni audacia... Es una estratagemata...

Todos se encogieron de hombros, con lo cual querían decir: «No lo entendemos.»

— La cosa es bien sencilla — añadió Valle-alegre. — Góngora sabe perfectamente que pierde el pleito; pero sabe también que su integridad se halla puesta en tela de juicio, pues se ha dado en decir que yo lo he sobornado, y que él se ha vendido. ¿Cómo poner coto á esta maledicencia?... No hay más que un medio: plantear el pleito; lo perderá, pero al fin podrá decir como Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor.»

Nada hubo que replicar á tan sencillo razonamiento. Con él se explicaba perfectamente el caso inesperado, objeto en aquel día de todas las conversaciones.

En esto había penetrado en el vestíbulo del palacio un hombre envuelto en un largo gabán de anchos bolsillos, abrochado de arriba á bajo; llevaba el semblante oculto bajo la doble vuelta de una bufanda bastante deteriorada, y cubrían sus ojos unas gafas verdes, mientras que el ala del sombrero se inclinaba sobre las cejas.

Este hombre, como digo, atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia la escalera, y puso el pie en el primer escalón, sin hacer caso de las voces que el portero le daba para detenerlo; é indudablemente hubiera seguido adelante si el portero, viendo la ineficacia de las voces, no hubiera recurrido á las manos.

Corrió hacia él, y asiéndole de los faldones del gabán lo detuvo gritando:

— ¡Eh!.. ¿Dónde va usted?

Volvió el hombre la cabeza, y con voz ahogada por la bufanda, le contestó:

— Voy arriba...

— ¡Arriba!.. — repitió el portero. — Y arriba, ¿á qué?..

— Es bien claro, amigo mío, voy á ver al Sr. Vallealegre.

— El señor — replicó el portero — no recibe á estas horas.

— No recibe á estas horas visitas de cumplimiento — dijo el hombre, — convengo en ello; pero esta es la hora en que recibe á sus amigos.

El portero lo miró de arriba abajo. ¿Podía aquella facha ser amigo del banquero?.. Nunca le había visto en el palacio.

— Bien — le replicó con sonrisa burlona. — Usted no está en la lista de los amigos que recibe esta noche. Vuelva usted mañana.

— Mañana — exclamó — podría ser tarde, y sentiría mucho no haberme visto antes.

Arqueó el portero las cejas cansado de tanta impertinencia, y le replicó diciendo:

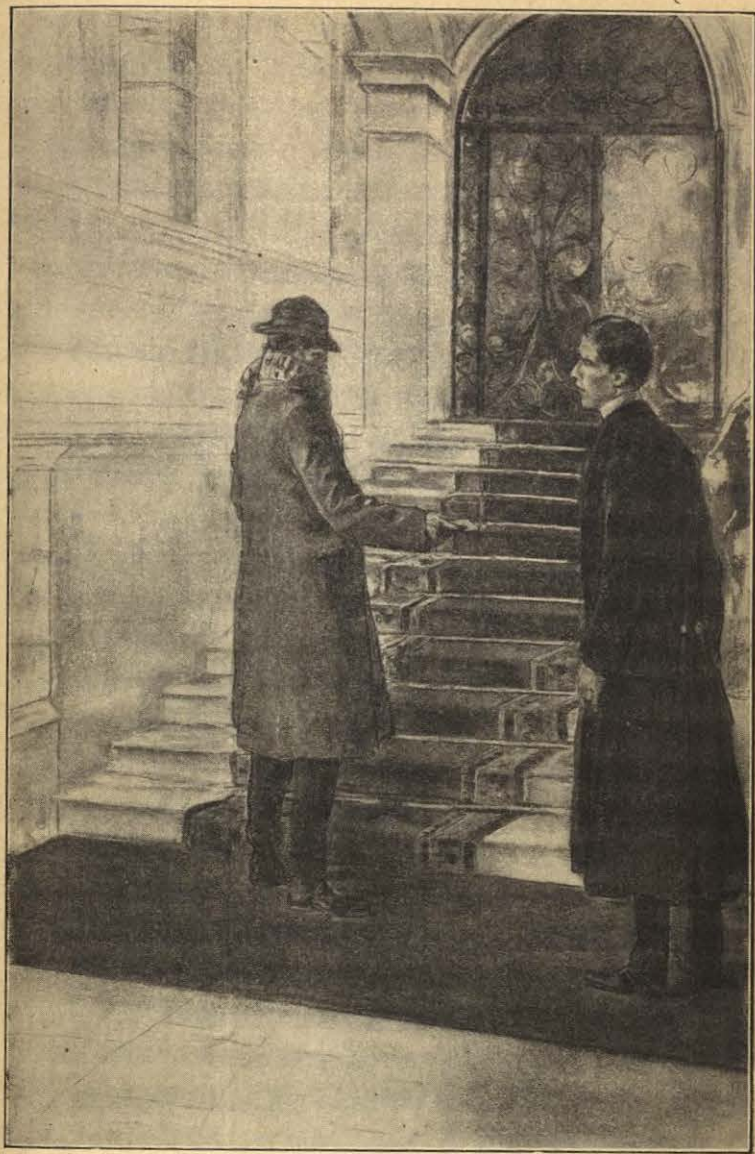
— Vamos, buen hombre, no se puede pasar; el señor no recibe máscaras.

El buen hombre no se movió; con un pie sobre el primer escalón de la escalera, parecía decidido á subir, á pesar de la resistencia del portero. Tosió ahogadamente debajo de la bufanda, y le dijo:

— He ahí una cosa que usted no sabe. El Sr. Vallealegre, mi íntimo amigo, es hombre de buen humor, y estoy seguro que ha de agradecerme la visita.

— ¡Ea! — gritó el portero dando á entender que había agotado todo el repertorio de sus razones. — Mi obligación es impedir el paso á las personas desconocidas.

— No, amigo mío — replicó el hombre de las gafas ver-



SACÓ MEDIA TARJETA, QUE PUSO EN MANOS DEL LACAYO

des. — La obligación del portero es anunciar á los señores que hay una persona ó diez personas que desean verlos, y entonces ellos dicen si están ó no están en casa.

Las voces del portero habían atraído al lugar de la re-yerta á algunos de los criados de escalera abajo, y un lacayo sumergido en su gran librea le preguntó:

— Y bien, ¿á quién hemos de anunciar?

— ¡Ah, buen muchacho!.. — exclamó el hombre de la bufanda. — Tú eres más razonable.

Y diciendo y haciendo, sacó del bolsillo interior de su gabán una cartera, cuya piel, gastada por los cantos, anunciaba sus largos servicios; del departamento más oculto de esta cartera sacó media tarjeta, que puso en manos del lacayo. Éste miró aquel pedazo de cartulina irregularmente cortado, y encogiéndose de hombros comenzó á subir la escalera, desapareciendo, al fin, en la gran puerta del recibimiento. Los demás esperaron el resultado guiñándose unos á otros los ojos, porque el banquero era implacable con los criados impertinentes. El buen muchacho iba á pasarlo mal, y el portero se lavaba interiormente las manos, frotándose las al mismo tiempo de gusto.

No tardó el lacayo en presentarse en lo alto de la escalera por la cual se precipitó, como quien lleva una orden urgente, y llegando adonde estaba el hombre del gabán, le dijo con el sombrero en la mano:

— Caballero, sígame usted.

Los espectadores se quedaron atónitos, y el hombre del gabán los miró uno á uno al través de sus gafas verdes y siguió al lacayo, que, dejando la escalera principal en que se hallaban, cortó diagonalmente el vestíbulo y fué á buscar la puerta del departamento de la planta baja, donde el banquero tenía establecidas las oficinas de su casa.

El lacayo hizo alto en la puerta para dejar pasar al hombre de la bufanda, que entró sin detenerse, atravesó

la primera pieza, y se detuvo en la inmediata. Encontróse frente á frente de tres mamparas, que cubrían otras tantas puertas, y sobre las que se leía en letras doradas *Contabilidad*, *Caja*, *Secretaría*. La Caja ocupaba el lugar intermedio entre la contabilidad y la secretaría.

De las tres puertas, las dos últimas que hemos nombrado estaban abiertas, porque los empleados en la contabilidad y en la secretaría se hallaban en sus puestos, en razón á que los negocios de la casa exigían horas extraordinarias de trabajo; por consiguiente, las habitaciones de las oficinas se hallaban iluminadas y las estufas encendidas. Solamente la Caja se veía cerrada.

Nuestro hombre, con su sombrero encasquetado hasta las cejas y su bufanda elevada hasta los ojos, arrastró sobre la alfombra una gran butaca, aproximándola á la estufa, y se sentó frente á frente de la caja, y allí esperó cómodamente.

— Muy bien — se dijo á sí mismo por debajo de la bufanda. — En ninguna parte podía recibirme más oportunamente que en esta pieza. Parece que ha adivinado la importancia de la entrevista, y quiere que la tengamos delante de esos tres grandes testigos: la *Contabilidad*, la *Secretaría* y la *Caja*. Perfectamente...

Arrellanóse más cómodamente en la butaca, extendió los pies hacia la estufa, y siguió diciéndose á sí mismo:

— ¡La Caja!.. ¡La Caja!.. Hé ahí la mina. Gran filón de oro. ¿Para qué querrán esos hombres insaciables tantas riquezas? Y vaya usted á sacarle un cuarto á este espléndido millonario. Sí; primero se dejaría sacar un ojo. Lo veremos..., lo veremos.

Mascullando estas palabras, sepultó ambas manos en los respectivos bolsillos del gabán, sondeándolos como si hubiera querido medir la capacidad de uno y otro.

Después volvió á exclamar:

— ¡Qué mina! ¡Qué mina!

En esas palabras parecía encerrado todo su pensamiento, pues de vez en cuando las repetía, como si fueran el término de sus reflexiones.

Así esperó algunos minutos, al cabo de los que oyó



Y se sentó frente á frente de la caja

pasos que se acercaban, y no tardó mucho en ver aparecer en la puerta de la secretaría al señor Valle-alegre.

Entonces se puso de pie y se quitó el sombrero, dejando ver la cabeza cubierta con un gorro de seda negra.

Valle-alegre pareció sorprendido al encontrarse delante de aquel gabán, de aquella bufanda, de aquellas gafas verdes y, sobre todo, de aquel gorro negro, y se adelantó á reconocer de cerca tan rara figura.

— ¡Oh! — exclamó el hombre del gabán. — Sr. Valle-alegre, yo soy siempre el mismo.

El banquero se echó á reír.

— No hay que reirse, amigo mío — le dijo. — Nunca sobran las precauciones, y hay que ponerse á cubierto de todas las contingencias; hay que guardar la pelleja, y hombre precavido vale por dos.

— Y bien; ¿qué tenemos? — preguntó Valle alegre.

— Usted mucho — le contestó. — Yo absolutamente nada. Pero convendrá que hablemos despacio.

— Hablemos — dijo el banquero.

El hombre alzó la mano, y señalando con el dedo la puerta que daba á la Caja, exclamó:

— ¡Qué mina! ¿Eh, Sr. de Valle-alegre? ¡Qué mina!

CAPITULO XXVII

ENTREVISTA

El banquero elevó el labio superior con desdeñosa indiferencia, dando á entender que no concedía gran importancia á los tesoros encerrados en su caja, y en seguida añadió:

— Supongo que no me habrá usted hecho abandonar á mis amigos para hablarme de mis millones.

— ¡Phs! — contestó. — No me atreveré á decir lo contrario, porque el mundo está montado de tal manera, que en todo asunto se encuentra siempre una miserable cuestión de maravedises.

— Muy bien; pero entre tanto, sepamos qué asunto es el que lo trae á esta casa á estas horas y en ese traje.

— Poco á poco, Sr. de Valle-alegre: estamos de pie, como si casualmente nos hubiéramos encontrado en medio de la calle; y de pie no se sostienen bien las conversaciones graves. Tengo, pues, el honor de invitarlo á usted á tomar asiento, es decir, espero que usted me conceda el honor de sentarme.

— Concedido — dijo el banquero, dudoso entre reirse ó impacientarse.

El hombre se sentó en la misma butaca de que se había levantado poco antes, y en la cual buscó la postura más cómoda.

— ¿Estamos ya? — preguntó Valle-alegre.